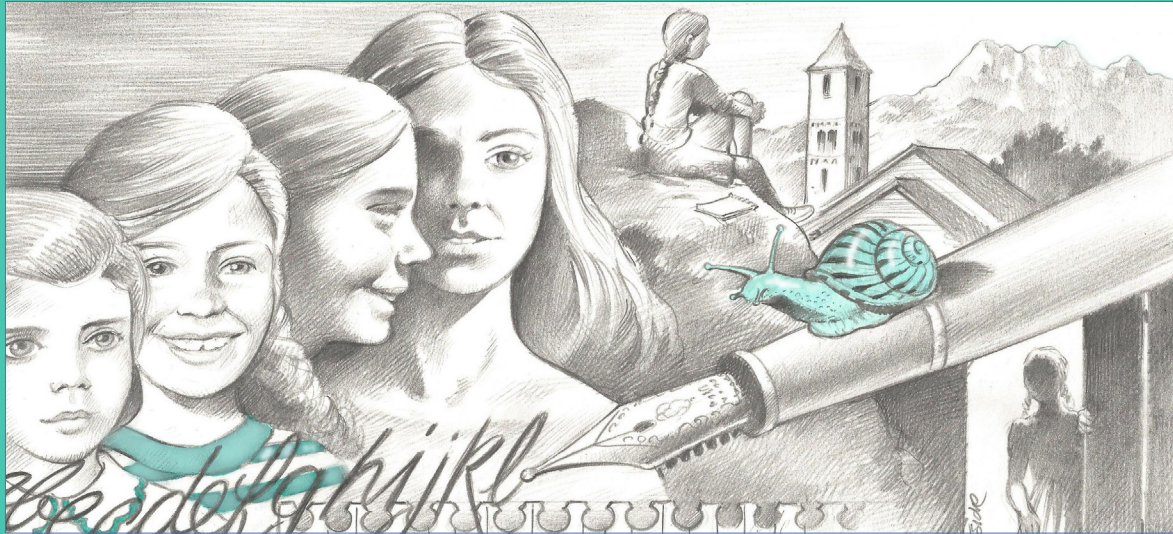


APROXIMACIONES AL PROBLEMA DE LA INFANCIA EN LA NARRATIVA. CRUCES, PREGUNTAS Y DESBORDES

Daniela Gisela Fumis

Universidad Nacional del Litoral / CONICET



Resumen || En los últimos años, la infancia se ha convertido en un tópico de particular interés en los estudios críticos y teóricos de la literatura. No obstante, se ha indagado muy poco sobre los diferentes modos en los que la infancia emerge en la narrativa y sobre la infancia como problema. El propósito de este trabajo es examinar diferentes formas de considerar ambas cuestiones. El artículo revisa algunos puntos de vista teóricos sobre la cuestión en función de: a) determinar una posible definición categorial de la infancia en la narrativa, b) discutir su especificidad literaria, c) habilitar la pregunta sobre el trabajo narrativo de las ficciones de infancia en términos de una dimensión política en cada relato.

Palabras clave || Infancia | *Childhood* | *Bildungsroman* | Voz narrativa | Dimensión política

Abstract || Over the last years, infancy has become a topic of particular interest in critical and theoretical studies of literature. However, little has been inquired about the different ways in which infancy emerges in narrative, and about infancy as a problem. The aim of this work is to examine different forms of considering both questions. The article reviews some theoretical approaches to these issues in order to: a) determinate a possible categorical definition of infancy in narrative, b) discuss its literary specificity, and c) enable questions about the narrative work of infancy fictions in terms of the political dimension to each story.

Keywords || Infancy | *Childhood* | *Bildungsroman* | Narrative Voice | Political dimension

¿Será verdad que de niños vivimos la vida entera, de un sorbo, para repetirnos después estúpidamente, ciegamente, sin sentido alguno?
Ana María Matute. *Primera memoria*.

Que no se puede escapar de la infancia. Ni del pasado. Ni de las cosas que uno perdió. Al final la vida queda arrinconada en una frase, en una imagen que sigue dando vueltas sobre uno, hasta que uno decide desecharla, o reemplazarla.
Diego Erlan. *El amor nos destruirá*

0. Introducción

Este recorrido comienza por una cita:

En el extraño parvulario estuve, durante todo el curso, sentado en la maleta. No digo que no fuese el destino, pero ser era una auténtica maleta. No era una metáfora de maleta. [...] Antes de aprender a leer o a escribir, uno ya entendía la iconografía de la maleta. En casi todas las casas había una o varias maletas así. Ahora que lo pienso, la medida de una maleta viene a ser la de un niño al cuadrado. Pero nunca miré lo que había dentro de la maleta del extraño parvulario. Lo que tenía a mano, y no lo solté, fue una cartera escolar de plástico de color fucsia, casi fluorescente. Nunca nadie me pidió que la abriese. Un día lo hice yo. Tiré de la cremallera. No había nada dentro. (Rivas, 2012: 28)

Una escena de infancia, una escena que nos interpela y que nos remite como lectores a nuestra propia infancia. ¿Qué del gesto inesperado de ese niño que *ha sido* puede entender el adulto que narra? ¿Qué de la mirada adulta sobre la experiencia del niño se vuelve una insistencia y revela un pliegue del texto que se transforma casi en un *punctum*?

Estas primeras preguntas nos conducen a una evidencia. El lugar de los niños y la infancia como objeto de indagación de la crítica se ha instalado definitivamente desde un interés sostenido por parte de la gran área de los estudios literarios¹. Quizás esto sea así porque la infancia pareciera ofrecerse como un objeto susceptible de ser abordado desde múltiples perspectivas y enfoques multidisciplinares. La historia social, el psicoanálisis, la sociología, la filosofía, la didáctica y la pedagogía (e incluso la intuición y el sentido común) son sólo algunos de los discursos que parecen tener «algo para decir» con relación a ella. Ahora bien, en principio, el problema de la infancia en la literatura podría deslindarse en dos aristas: por un lado, la cuestión de la especificidad (¿hay algo que la literatura pueda decir (y hacer) *específicamente* sobre la infancia como emergente, en el cruce de las perspectivas disciplinares mencionadas?) y, por otro, la cuestión de la figuración (la presencia de los niños en un relato ¿habilitaría la exploración en términos literarios de algo que en realidad se construye desde la doxa y/o desde el discurso de la ciencia?). Dos posiciones que, en realidad, implicarían considerar esta disyuntiva: si la infancia es para la literatura un interrogante o una (re)afirmación (de lo que la infancia sea en una época y de su

NOTAS

1 | Baste mencionar el dossier «De niños e infancias» incluido en el número 11 (2014) de *Cuadernos Lírico*, publicación de la Red Universitaria de Estudios sobre las Literaturas Rioplatenses Contemporáneas en Francia, resultado de la *Journée d'études Récit d'enfance, récit des origines* realizada en 2013, que incluye trabajos de destacados especialistas de diversas áreas en los estudios literarios: Julio Premat, José Amícola, Daniel Link (quien ya había indagado sobre la cuestión en su libro *Fantasmas. Imaginación y sociedad* (Eterna Cadencia: 2009)), Valentín Díaz, entre otros. Asimismo, en el medio argentino, Adriana Astutti, de la Universidad Nacional de Rosario (UNR), ha trabajado, desde los primeros años de la década de los dos mil, sobre la cuestión de los niños en la narrativa argentina: el libro *Andares blancos* (Beatriz Viterbo Editora: 2001) es el resultado de parte de esas investigaciones. Por otro lado, Judith Podlubne, también de la UNR, ha publicado algunos trabajos en los que indaga sobre la cuestión de la infancia desde el interés particular en los inicios literarios de algunos escritores de la revista *Sur*.

propio hacer, en el mismo gesto).

En realidad, el abordaje de la infancia en la narrativa adquiere su sentido y encuentra su justificación ante la evidencia de que pareciera sólo volverse pensable bajo la forma de un relato. Cada individuo intentará darle un estatuto propio a su infancia, a través de la narración de un cuento que se creará en función de reconocerse (algo de esto se activa cuando leemos la cita planteada al comienzo). No obstante, en la medida en que la infancia opera desde los vericuetos de la memoria, manifiesta siempre su condición evasiva. En este sentido, y contra la disyuntiva planteada anteriormente, sostendremos como premisa que toda narrativa que roce la cuestión de la infancia, supondrá una apertura a la reflexión sobre las condiciones de posibilidad del quehacer literario dentro de los límites de un territorio que, en principio, ofrece resistencias.

Reconociendo esta postulación inicial, nos proponemos indagar a continuación sobre lo que algunos acercamientos a la categoría de infancia nos dejan entrever acerca de su naturaleza y condición epistémica². En este sentido, resulta productivo considerar un abordaje en términos de ficciones teóricas de infancia (Link, 2014). Hablar de «ficciones teóricas» nos impone la reflexión acerca de los modos de construcción de un conocimiento sobre algo que se muestra evasivo. Asimismo, decir «ficciones teóricas de infancia» supone la asunción de dicha construcción en torno a dos ejes: el de la exposición de los procedimientos que la vuelven factible de ser entendida como un artefacto que produce sentidos y, a su vez, el de su transformación en ficción en sí misma, en tanto aquello que enuncia sugiere una región desconocida sobre la que ninguna afirmación puede postularse más que en un estatuto de aproximación³.

Ahora bien. Una vez enunciadas las coordenadas que constituyen el punto de partida del trabajo, cabría formularse la pregunta por el interés que recubre el abordaje de la infancia en la literatura. Entendemos que, como problema, alude particular y directamente a la cuestión de la identidad, o mejor, de construcción de las identidades. ¿Qué es lo que dicen los diferentes matices que *configuran* a los niños *narrados* con relación a un modo de entender un «ser adulto», una sociedad y una cultura? Si la infancia se delinea como una instancia fundacional en el relato de cada subjetividad, si traza el ingreso del individuo a la ley que lo traslada de lo salvaje a lo humano, algo de los modos en los que ocurre ese pasaje permitiría leer las formas en las que lo humano se entiende y tiene lugar. En definitiva, en función de la perspectiva que se adopte a la hora de considerar su emergencia en la literatura, será posible formular un modo particular de concebir la/s identidad/es.

Por esto, resulta fundamental delimitar, en principio, una definición

NOTAS

2 | Las diferentes aproximaciones posibles sobre la categoría infancia que presentamos a continuación son producto de un recorrido teórico y crítico, que hemos realizado en función del abordaje de un corpus constituido a partir de la obra de tres narradores españoles contemporáneos: Juan José Millás, Manuel Rivas y Eduardo Mendicutti, en el marco de una investigación doctoral realizada con el apoyo del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) (Título del proyecto: «Ficciones de infancia y de familia en tres narradores españoles contemporáneos: Millás, Rivas y Mendicutti»). Dirección: Dr. Germán Prósperi). Una primera versión de este trabajo fue presentada en el Tercer Coloquio del Centro de Investigaciones Teórico-Literarias de la Universidad Nacional del Litoral. Agradecemos a los profesores Marcelo Topuzian y Laura Scarano por sus observaciones tan acertadas y la lectura generosa de las primeras versiones de este trabajo.

3 | En este sentido, es importante considerar lo que sostiene Nicolás Rosa (2004: 57): «Nadie escribe su infancia en su infancia, siempre se la escribe —cuando se puede— en su vejez. El infante no puede escribir la infancia, porque no sabe nada de la infancia: es un saber imposible porque todavía no ha sido olvidado».

de la infancia: qué decimos cuando decimos infancia en la narrativa. Una definición, el punto de partida recurrente de todo estudio. Y sin embargo, por todo lo hasta aquí planteado, esa conceptualización resulta huidiza en un primer acercamiento al problema: ¿puede la literatura que delinea figuras de niño responder desde un lugar de certeza a la pregunta qué es la infancia? Los apartados que siguen intentarán responder este interrogante.

1. Infancia: género (*genre*)

Sostenemos, entonces, que todo relato de infancia, por la naturaleza de la materia sobre la que trabaja, postula una definición de infancia y al mismo tiempo la interroga. Es esa definición la que pretendemos aprehender.

Así, proponemos un ingreso al problema desde la indagación de algunas formas genéricas que comprometen la textualización de la infancia, con el objeto de evaluar su tratamiento y analizar la posibilidad del acceso en ellas a dicha definición. Postularemos como primer acercamiento, pero sin afán de exhaustividad, dos géneros en los cuales la infancia ocupa el lugar central en términos de tópico: el *Childhood* o autobiografía de infancia y el *Bildungsroman* o la novela de formación o de aprendizaje⁴. Evidentemente, la premisa implícita aquí alude a una mayor probabilidad de acceso a la buscada definición por la vía de los textos que ponen deliberadamente la cuestión en escena.

El *Childhood* se encuentra situado en la encrucijada que configura la conjunción de dos grandes zonas conflictivas: los límites de lo autobiográfico y la textualización de los recuerdos de infancia. Rosalía Baena (2000) señala el trabajo de Richard Coe (1984) como fundacional en la lectura del *Childhood* y por tanto, se propone retomar y ampliar sus tesis en función de explorar el género. En la línea de ambos autores, el *Childhood* «difiere de la autobiografía *standard* en que no es tanto un intento de contar la historia de una vida, como de recrear un yo autónomo, ya desaparecido» (2000: 480). De sostener esta postulación, nos encontramos frente a dos problemas: por un lado, ¿se puede sostener la autonomía del yo infantil y dictar su acta de defunción en simultáneo a la del nacimiento del escritor? Y, por otra parte, ¿de qué se habla cuando se habla de *recrear*? ¿No supone considerar el yo infantil como una superficie lisa y claramente delimitada sobre la que se posee conocimiento pleno y de la cual resulta posible recuperar algunos elementos en función de ejercer sobre ellos una serie de ejercicios retóricos? La caracterización de Baena sobre el *Childhood* nos llevaría a responder estas preguntas de modo afirmativo. No obstante, al rasgar esa superficie plena, no

NOTAS

4 | Somos conscientes de que ambos géneros merecerían un desarrollo particular, dada la complejidad de los problemas que cada uno de ellos involucra (incluida la definición genérica misma). El objeto de su inclusión aquí es mostrar de qué manera parte de la crítica ha abordado estos géneros, que comprenden textos que trabajan específicamente sobre la figura del niño, para ponderar en qué medida se atiende en ellos (o no) a la infancia como punto medular.

surge más que una postulación convencional. Por tanto, en definitiva, podría sostenerse que el rasgo característico del *Childhood* sería precisamente el de trabajar por sobre esa imposibilidad. Esto quiere decir que la postulación de algunos rasgos tipificados en la construcción de una figura de niño determinaría su emergencia y su perpetuación genérica.

No hace falta ir más lejos en este sentido: Baena hace explícito que la autobiografía de infancia puede tender a reproducir ciertos estereotipos con relación a la figura del niño para trabajar sobre ellos (el afán de saber y el descubrimiento del lenguaje, por ejemplo). De esta manera, el objeto del *Childhood* lo constituye la construcción de un *yo-de-niño* (Coe), sobre el que se marca un desvío de perspectiva en relación con el adulto que enuncia. «Es por esto que los *Childhoods* terminan cuando el individuo entra en el mundo adulto [...] frecuentemente señalado por algún recurso narrativo que indique que ha finalizado la etapa de la infancia» (2000: 481). Aparece aquí un nudo central con relación al género: «El *alcance*, es decir, la distancia temporal entre el momento narrado y el momento de narración [...] plantea problemas de identidad de si “yo soy realmente aquel niño”» (2000: 483).

Entonces, la posible respuesta estribaría en considerar que, en realidad, «efectivamente soy aquel niño» en la medida en que este género opera sobre la base del pacto de toda autobiografía, de correspondencia entre el yo narrador y un nombre de autor y, que esa figura de niño que se construye en el relato, es la ficción que se da a sí mismo la voz que se hace cargo de decir⁵. Podríamos en esta línea pensar que hablar de «autobiografía de infancia», según el desarrollo anterior, constituye un oxímoron. Pero, a la vez, podríamos pensar que dicha construcción responde a los propósitos de la creación de una proto-figura de sí como escritor por parte del autor, que pretende fundamentar y/o explicar sus opciones en distintos órdenes sobre el devenir. Esto no quiere decir que el *Childhood* funcione como manual de instrucciones de una obra. Solamente impactará de alguna manera sobre la figuración del yo que funciona en el texto y que el texto mismo colabora a construir. En síntesis, la definición de la infancia como problema aquí todavía no ha alcanzado a arribar.

Por otro lado, avanzando un paso más, y bajo el propósito de desmontar críticamente las posibilidades del abordaje de la infancia en las autobiografías de escritores, Julio Premat (2014) identifica algunos modos viables: una perspectiva que privilegiaría los postulados de la biografía, una perspectiva en la que la infancia funcionaría como explicación mítica del origen y finalmente, una perspectiva de énfasis en las concepciones que acercan la infancia al trabajo de la literatura (2014: 2).

NOTAS

5 | Quizás esto supondría dar un paso más para pensar al *Childhood* en términos de la más productiva categoría de autoficción.

El modo de entender la infancia en el territorio que demarca Baena se situaría de lleno en la primera y apenas rozando la segunda. La tercera continuaría constituyendo quizás la zona de incertidumbre de todo abordaje. En el análisis de Premat desde la indagación en la obra de algunos autores⁶, la infancia resulta un lugar privilegiado en términos de laboratorio de escritura, y clave, en la medida que puede proponer un eje de apertura, de cierre o un giro rotundo sobre una obra avanzada o ya madura. Pero para el objeto de nuestro interés, la figura de niño sobre la que trabaja el relato es especialmente importante en el análisis de Premat teniendo en cuenta que: «El pensamiento singular de los niños, visto por dispositivos de todo tipo, es un modo de aproximarse a las especificidades de la palabra literaria» (2014: 2) y, a la vez: «la infancia [es el lugar] en donde no sólo se puede tematizar la creación, sino exponer los mecanismos elementales de la ficción: la mentira, la imitación, la fabulación deseante, el ensueño, el juego, la lectura. La infancia sería, entonces, el equivalente de la literatura» (2014: 4).

De esta manera, vemos en esta aproximación que una postulación que pone como eje la figura del infante, deriva en una concepción sobre la literatura. Pero la dificultad, para nosotros, estriba en poder dilucidar a qué sería factible denominar el «pensamiento singular de los niños». Y por otro lado, si los mecanismos elementales de la ficción que se señalan como idealmente expuestos en el relato de la infancia son también propios y característicos de cualquier relato de madurez, no nos sirven, por ende, para delimitar su propia especificidad. Infancia, literatura: la definición aún no llega.

Nuestra búsqueda se detiene ahora en el *Bildungsroman* o novela de aprendizaje, otro género particularmente relevante para el análisis de la inscripción de una figura de infante en la narrativa. Luego de un exhaustivo análisis en la historia del género y una indagación crítica sobre las principales perspectivas teóricas al respecto, José Luis De Diego concluye proponiendo una caracterización sobre la base de una serie de rasgos, de la que nos interesa recuperar especialmente dos:

Digamos entonces que se trata de un tipo de novela: [...] b) en la que se narra el desarrollo de un personaje —generalmente un joven— a través de sucesivas experiencias que van afectando su posición ante sí mismo, y ante el mundo y las cosas; por ende, el héroe se transforma en un *principio estructurante* de la obra; c) que cumple —o busca cumplir— una función propedéutica, ya sea positiva —modelo a imitar— o negativa —modelo a rechazar—, independientemente de la mayor o menor presencia de la voz autoral. (1998: 7)

El análisis de De Diego pone énfasis en la afiliación indirecta a un programa ideológico que la novela de aprendizaje supone. Las vicisitudes en la formación del protagonista, dirigen en sus inicios,

NOTAS

6 | Premat trabaja especialmente con una aproximación desde esta perspectiva en *Confieso que he vivido*, de Pablo Neruda; *Vivir para contarla*, de Gabriel García Márquez; *Antes que anochezca*, de Reinaldo Arenas; *Cuadernos de infancia*, de Norah Lange, entre otros.

tácitamente, a una concepción moral del infante y focalizan en determinados rasgos del sujeto que se constituirán en términos de «valores». No obstante, la novela de formación hoy, por fuera de todo didactismo, buscaría trazar un recorrido en el desarrollo de un sujeto protagonista para quien determinadas circunstancias erigidas en términos de enseñanza o aprendizaje suponen una revelación sobre los vericuetos de la trama social operante y una mostración del impacto de dichas circunstancias sobre una mirada del mundo que opera en el texto.

Para el objeto de nuestro estudio, el engaño de la clásica novela de aprendizaje o de formación es que en el relato de las vicisitudes de infancia, el interés no estriba en una comprensión o exploración de la misma, sino que lo que constituye el foco es la conformación de un proto-*tipo* que permite ponderar los efectos de un determinado trayecto o recorrido en la vida de un personaje o una voz infantil en la adultez y su funcionalidad con relación a determinado proyecto.

De lo cual es posible concluir hasta aquí, que el abordaje de la infancia en cuanto *tópico* en estos géneros, si bien puede proponer un tratamiento específico para ella, elude la pregunta por su propia naturaleza. Por tanto, acaba remitiendo directamente a la adultez, a los problemas de la configuración del yo en términos de sujeto en sociedad y de sujeto en el texto en sentido amplio, y a la vez como parte de una comunidad que construye una tradición (estética, literaria, etc.). En cierto modo, pareciera que la disposición de la figura del niño o de un yo-de-niño en el relato se muestra especialmente preocupada por revelar una distancia con respecto a la instancia misma de la enunciación, al poner énfasis en un devenir de escritura.

Llegados a este punto, queda claro que en estos casos, clave para el abordaje de nuestro problema, la puesta en escena de la figura del niño en términos narrativos, no hace más que remitir a su vacancia. El niño no habla. Se habla del niño para hablar en realidad de otra cosa. Como materia narrable, la infancia no es un problema para dichos relatos en la medida en que el gesto de *tipificarla* es funcional para el propósito vigente de indagar en el accionar del yo sobre un estado de sociedad o de cultura. El abordaje es insuficiente en función de acercarse a una respuesta a la pregunta sobre qué es la infancia y sobre las condiciones de posibilidad del pasaje en el relato de los niños a la infancia.

2. Infancia: fantasía

El obstáculo que supone la elusión al problema de un estatuto propio de la infancia en aquellos géneros que la trabajan como

tópico, puede contrarrestarse desde un cambio de perspectiva. Este corrimiento llevaría a visualizar que, en términos de narrativa, el territorio de la infancia se materializa en la construcción de figuras que al volverse tópicos pueden lograr, al mismo tiempo: a) visibilizar los mecanismos de su normalización; b) provocar una disrupción en el caso de representar una disidencia, por la que emergen en su carácter de índices del límite que configura lo humano.

No obstante, volvemos a quedar de frente al conflicto que supone la definición misma de la infancia. Cuando la literatura se enfrenta a esta dificultad, parece optar por desplazar el problema considerándola como una zona que puede rápidamente volverse comprensible, estableciéndose en sí como negativo de la adultez: la infancia es lo que no es la adultez.

Así, esa otredad que funciona de manera evasiva acaba por resolverse en términos de un Origen. Pero como propuesta de explicación, también falla si se considera en la imposibilidad de su aprehensión, que la infancia como «lo primigenio no significa una anterioridad histórica sino un primitivismo intemporal» (Premat, 2014: 6).

En esta dirección nos interesa recuperar el aporte de Giorgio Agamben:

Como infancia del hombre, la experiencia es la mera diferencia entre lo humano y lo lingüístico. Que el hombre no sea desde siempre hablante, que haya sido y sea todavía in-fante, eso es la experiencia. [...] Desde el momento en que hay una experiencia, en que hay una infancia del hombre, cuya expropiación es el sujeto del lenguaje, el lenguaje se plantea entonces como el lugar donde la experiencia debe volverse verdad. La instancia de la infancia como archilímite se manifiesta en el lenguaje al constituirlo como lugar de la verdad. [...] Lo inefable es en realidad infancia. (1978: 68; énfasis en el original)

Y más adelante, afirma: «la infancia es precisamente la máquina opuesta, que transforma la pura lengua prebabélica en discurso humano, la naturaleza en historia» (1978: 87).

La cuestión estribaría en pensar de qué se trata este lugar incierto que constituye lo prelingüístico, lo «no-todavía-lingüístico». Si el infante imprime un límite, traza una marca que señala la grieta entre el lugar de la experiencia y el lugar del habla, ¿cómo dice lo infans la literatura? ¿Cómo definir lo *infans* sin autoacorrarnos en un cierto punto de encrucijada metafísica al que parece conducirnos Agamben⁷? ¿Cómo quitar la infancia de ese lugar de inefabilidad, en la medida en que leemos relatos en los que la literatura *hace algo* con/de la infancia?

NOTAS

7 | «¿Cómo procede aquí Agamben? Primero afirma una destrucción radical; a continuación construye una trascendencia. Tal sería la matriz filosófica, el movimiento que estructura esta inquietud y este poder del pensamiento». (59) En este sentido, Didi-Huberman (2009) identifica una cierta mirada apocalíptica en el planteo de Agamben.

Podríamos pensar en una tríada, o mejor, a la manera de una ecuación: niño + relato (lenguaje) + X: cuyo resultado sería infancia (que aún no se ha dejado definir en términos de literatura). El término independiente o incógnita alude a esa zona incierta en la que el infante puede representar, lograr una forma de acceso a su mundo, aun no pudiendo hablar.

Sabido es que el niño se descubre especularmente. Dice Lacan:

El hecho de que su imagen especular sea asumida jubilosamente por el ser sumido todavía en la impotencia motriz y la dependencia de la lactancia que es el hombrerito en ese estadio *infans*, nos parecerá por lo tanto que manifiesta, en una situación ejemplar, la matriz simbólica en la que el yo [je] se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto. (1949: 87)

Aun previamente a la separación entre lo simbólico y lo imaginario, el *infans* logra representar-se e intuimos que hay algo de esa operación que cimienta el resto desde el que la infancia trabaja en la literatura.

Si, además, más adelante, el niño llegará a crear su propia ficción que lo tiene por protagonista en lo que Freud ha llamado «la novela familiar de los neuróticos», y si en esta actividad fantaseadora y sus resultados es posible hallar «el factor que nos posibilita entender el mito» (Freud, (1909 [1908]): 218), definitivamente no hay dudas de que la infancia y la literatura se necesitan mutuamente en pos de su definición.

Considerar esta actividad fantaseadora que el niño se dispensa especialmente en el juego tal como lo ve Freud, resulta particularmente importante para ponderar uno de los modos en los que emerge la infancia en la literatura. Sostiene Freud:

la insistencia, acaso sorprendente, sobre el recuerdo infantil en la vida del poeta deriva en última instancia de la premisa según la cual la creación poética, como el sueño diurno, es continuación y sustituto de los antiguos juegos del niño. (1908 [1907]: 134)

De esta manera, este esbozo de literatura primitiva que representan las fabulaciones infantiles, es lo que en principio habilitaría pensar el pasaje del infante al niño, como dos instancias disímiles en su constitución literaria. Y a su vez, a partir de la cita de Freud, también sería factible contemplar que algo de la infancia permanece en *toda* producción literaria. Mientras tanto, la figura del infante en el relato sigue insistiendo en su condición furtiva, tal como quedó demostrado hasta el momento en este trabajo. No obstante, podríamos pensar que si existe un relato potencial, en germen, en esa constitución especular que configura el yo («la matriz simbólica en la que el yo

[je] se precipita en una forma primordial», según antes citamos de Lacan (1949) nos encontramos ante la posibilidad de delimitar una zona cercana a lo imaginario que podríamos denominar como «lo infantil» en términos de hipótesis para este trabajo, sobre la que profundizaremos a continuación.

Así, si la definición se muestra elusiva, *lo infantil* constituirá el objeto de lo que, con relación a la infancia, la literatura puede decir.

3. Infancia: voz

Vamos al encuentro de la analogía⁸. Roland Barthes sostiene que la música no puede definirse si no es a través de un predicado. Así dice:

este epíteto al que se vuelve una y otra vez por debilidad o por fascinación [...] tiene una función económica: el predicado es siempre la muralla con que lo imaginario del individuo se protege de la pérdida que le amenaza. (1986: 262)

De igual modo la infancia, que se manifiesta resistente a la definición, pareciera encontrar en la predicación una posibilidad de acercamiento.

Pero Barthes (1986) introduce el concepto que permite salir de la encrucijada: el *grano* de la voz. ¿Puede la voz de la infancia reconocerse de algún modo en el texto? ¿Puede lo infantil reconocerse como ese grano que circula en la voz que narra la infancia?

Considerar lo infantil a partir de esta analogía, nos conduce a la distinción aristotélica sobre la que trabaja Lyotard (1990) entre *lexis* y *phônè*. ¿En qué se diferencia la *phônè* de un ruido? se pregunta Lyotard, «La *phônè* es el afecto en cuanto éste es la señal de sí mismo» (1990: 136).

Y llegamos al lugar, para nosotros, clave. Siguiendo con su análisis⁹, Lyotard plantea:

¿La voz de quién es la *phônè*, nos preguntamos? [...] [Freud] Felicita al alumno [Ernst] por haber identificado a esa otra persona: es *das Infantile*, neutra, tercera persona. *In-fans*, eso tiene voz, pero no articula. No referencial e indirigida, la frase infantil es señal afectual, placer, dolor. (1990: 138-139)

En este sentido es que lo infantil «eso que tiene voz pero no articula» se encontrará alojado en la voz articulada, por tanto, en la voz adulta, pero su naturaleza será la de dejarse oír o volverse muda, marcando siempre una ausencia. Este lugar neutro y afectual, ése

NOTAS

8 | ¿Será que la infancia no puede definirse más que por *analogía*? Dejaremos en suspenso esta posible hipótesis, que parece comenzar a revelarse para nosotros en esta instancia del trabajo.

9 | Lyotard trabaja en esta conferencia sobre el trabajo de Freud en el caso del Hombre de las ratas.

es el lugar de lo infantil. Así nos vamos acercando a la especificidad que reclamábamos. Y esta cuestión de la voz articulada y la voz afectual, pone en evidencia que lo que está en juego asimismo es lo auditivo. En algún punto la *phônè* puede volverse ensordecedora. Y es el mismo Lyotard el que remite al concepto de «voz narrativa» de Blanchot para explicar el paso¹⁰: «La voz narrativa, articulada con tanto arte y belleza, es adecuada para ahogar la voz afectual, la vieja *phônè*» (1990: 147).

Blanchot (1969) plantea:

ella [la voz narrativa] es siempre diferente de eso que la profiere, ella es la diferencia-indiferente que altera la voz personal. Llamémosla (por fantasía) espectral, fantasmal. No porque venga de ultratumba ni siquiera porque represente de una vez por todas alguna ausencia esencial, sino porque tiende siempre a ausentarse en quien la lleva consigo y también a borrarle a él mismo como centro, siendo por tanto neutra en el decisivo sentido de que no podría ser central, de que no crea centro, ni habla a partir de un centro, sino que, por el contrario, en último término impediría que la obra tuviese uno. (496)

Convertida en voz narrativa, la *phônè* de Lyotard encuentra el modo de dirigirse en un tiempo que es ahora, que se vuelve actual. De esta manera, lo infantil no puede nunca constituirse como Origen, porque esa afectualidad que se filtra bajo la forma de la voz narrativa, es siempre ahora.

No obstante, habría que ver en este punto cómo compatibilizan lo visual y lo auditivo en lo que venimos desarrollando. Hablamos con Lacan, primero, de la importancia de la especularidad para la constitución del yo previo al ingreso al habla, y nos referimos luego a lo infantil como un timbre particular que reside como lugar neutro y afectual en el texto. Este punto sería interesante poder pensarlo a partir del ejemplo de Françoise Dolto en la discusión de la conferencia de Lacan (1953): «Lo imaginario, lo simbólico y lo real», sobre la necesidad para los niños de la existencia de orejas, de *ver* orejas, para poder hablar¹¹. Lacan responde: «Es lo imaginario» (63), y se pregunta por el lugar del cuerpo despedazado en la constitución del yo. En este sentido es que el deseo en relación con el cuerpo, en un gesto que resulta definitivamente arcaico, revela en la voz narrativa algo de ese grito que nos acercó en un principio al espesor de la corporalidad propia y a través de ella, al objeto deseado.

«Usted es el único que no podrá nunca verse más que en imagen, [...]: aun y sobre todo respecto a su propio cuerpo, usted está condenado al Imaginario» (Barthes, 1975: 87). Ni verse ni escucharse. Desconozco mi voz al escucharla. Sin embargo puedo reconocer su timbre propio. En el relato de infancia ocurre lo mismo: la voz narrativa presenta el *das Infantile* en el que se reconoce el

NOTAS

10 | Judith Podlubne recupera esta conceptualización en su lectura sobre los cuentos de *Viaje olvidado*, el primer libro de Silvina Ocampo.

11 | En otro lado, la misma Dolto hace hincapié en este aspecto: «Ese grito [el del bebé] es para él el único sustituto de la compañía amada, el significante que lo traduce todo, necesidades y deseo. En efecto, es el *grito modulado* (el sentido de la modulación de los gritos de su bebé es “comprendido” por la madre) donde se origina la fijación del sujeto a su propio cuerpo individuado» (Dolto, 1981: 267; énfasis en el original).

lugar de lo no dicho pero cuyo silencio se vuelve operativo.

Si en este lugar donde se juega se abole el centro, lo infantil pierde su matiz originario y se vuelve por tanto la marca de lo actual. No hay inicio en lo infantil sino que su emergencia es un hallazgo que resulta de lo que la literatura puede encontrar.

Por esto mismo, la literatura se convertiría en el lugar donde lo infantil surge como espacio de exploración sobre lo propio de ella, desde una ajenedad constituyente. Por ende, no tendría lugar aquí la recuperación de aquellos rasgos estereotipados de la infancia entendida como etapa o período cronológico de la vida (la niñez), sino que lo infantil haría su irrupción de manera inesperada, como una inminencia que se resuelve en la medida en que logra ser oída.

Asimismo habría que pensar que la perspectiva genérica fracasa en el abordaje de lo infantil, en la medida en que éste repele todo encasillamiento y/o tipificación. Lo infantil podría emerger en todo texto en el que fuera factible reconocer la voz trabajando desde lo neutro. Lo Neutro que se revela en la voz narrativa, podría entenderse con Barthes como una categoría ética, y así lo infantil lograría correrse en el relato de una dimensión moral, para deslizarse como la apertura del sentido: «para remover la marca intolerable del sentido ostentado, del sentido opresivo» (1975: 134).

Hay algo que llamamos infancia y que provoca efectos para nosotros. Indefinible en apariencia, opera en la literatura por lo que hace, por «lo infantil», que son aquellos rastros de lo imaginario que se desplaza a lo largo del texto como un timbre de la voz, que no se puede apresar pero se escucha.

Habría que evaluar cuáles son las posibilidades de pensar desde lo infantil las condiciones y la naturaleza de lo literario, cuando lo que se pone en juego es una operación que hace circular la palabra sobre la base misma de la diferencia. Intuimos que *diferir* se vuelve, quizás, el gesto del encuentro con lo infantil en el texto, y en esa aparición postergada la literatura se señala como lo que retorna en el «eco».

4. (Final-Apertura) Infancia: lo político

En *Supervivencia de las luciérnagas*, Didi-Huberman (2009) toma, como figura transversal de su trabajo, una escena retomada de una carta que Pier Paolo Passolini escribiera en 1941. La escena de la aparición de las luciérnagas sobre la profundidad de la noche revela a este diminuto ser en un potencial elemento de indagación

en términos de construcción de pensamiento. La intermitencia y la naturaleza de su luz, habla de la resistencia de lo que insiste en términos de conocimiento desde un lugar de lo mínimo por sobre la fuerza arrasadora de los grandes discursos que atraviesan los totalitarismos.

La imagen de la luciérnaga del modo en que la piensa Didi-Huberman representa para nosotros un hallazgo. Dice el autor que las luciérnagas aparecerían como «esas señales humanas de la inocencia, aniquiladas por la noche —o por la luz “feroz” de los reflectores— del fascismo triunfante» (2009: 18).

Esta conjunción de inocencia y animalidad habilita para nosotros la posibilidad de pensar la infancia en analogía con esta figura¹². Así la irradiación intermitente que invita a la sexualidad primitiva y su desaparición a la luz de los grandes reflectores, nos convoca a pensar en lo que la infancia también supone como matriz de pensamiento en términos políticos.

Afirmar esto a partir del minúsculo ejemplo de las luciérnagas equivale a afirmar que, en nuestra *manera de imaginar* yace fundamentalmente una condición para nuestra *manera de hacer política*. La imaginación es política, eso es lo que hay que asumir. Recíprocamente, la política no puede prescindir, en uno u otro momento, de la facultad de imaginar. (46; énfasis en el original)

La figura de la luciérnaga podría suponer la condensación de todo el planteo anterior: una escena rememorada (la del texto de Rivas en el principio de este trabajo) en la que el acercamiento al límite de lo humano se propone como salida de todo orden totalizante. «Lo infantil» se revelaría ahora entonces como aquello que insiste en la narrativa mostrándose difícil de aprehender y que emerge como luminiscencia en términos de devenir: una circulación de afectos imposible de fijar, pero que supone una resistencia. Ésta sería su dimensión política. Más que de construcción de figuras de niño, será para nosotros productivo hablar de «fulguraciones figurativas» (Didi-Huberman, 2009) de la infancia, que finalmente, se revelarían como una operatoria de lectura que pondría en escena una ambivalencia por la que su desaparición señalaría a la vez una supervivencia.

La imagen de la las luciérnagas nos remite por reminiscencia a otra. En el «Prefacio» de 1961 a su *Historia de la locura*, Michel Foucault se refiere a la posibilidad de plantear una «historia de los límites» y más adelante alude a una «decisión fulgurante [...] que separa del lenguaje de la razón y las promesas del tiempo a ese murmullo *de oscuros insectos*» (la cursiva es nuestra). Significativamente, hablar de la locura y de la infancia en este punto se tocan. Pensar en la emergencia de la infancia también supone poner de manifiesto las condiciones que trazan deliberadamente la frontera entre lo humano

NOTAS

12 | Los vínculos entre infancia y animalidad podrían pensarse desde esta idea de Gabriel Giorgi: «El animal [...] ha sido una matriz de alteridad, un mecanismo fundacional de clasificación y diferenciación jerárquica y política entre cuerpos, y al mismo tiempo una figura próxima y universal. El animal funcionó como el otro constitutivo» (2013: 9). ¿Cuál es el vínculo entre devenir-niño y devenir-animal? Ambos muestran las condiciones en las que lo humano se hace legible. La figuración animal del niño permite el ingreso de lo extraño y la reconsideración de lo que se entiende por «familiar». Pero esto es tema de otro trabajo.

y lo no-humano. Aquí, los insectos oscuros «fulguran» e iluminan una decisión, la que separa un silencio constitutivo transformada en una voz que se revela como ajenidad (el golpe de una cartera escolar vacía, por ejemplo), pero que señala siempre lo propio. Las pequeñas luces de lo *infans* imponen la reflexión sobre qué dice un relato literario sobre su propia condición límite.

Finalmente, el recorrido propuesto en este trabajo nos dejó frente a algunas evidencias: en primer lugar, que la dificultad de acceder a una definición de la infancia por la vía esencialista puede derivar en la evidencia de que la infancia se concibe en la literatura más por lo que hace que por lo que de sí misma pueda enunciar¹³. La pregunta por la especificidad es engañosa: si la infancia opera en función de derribar cualquier totalitarismo de sentido, dicha pregunta resulta desarticulada. La potencia de la infancia quedaría expuesta en los envíos y desvíos que discuten lo específico. Si no existen paradigmas de infancia, si cada infancia es particular e inespecífica en su particularidad, ese es el rasgo principal y específico de su trabajo en la literatura: el de permitir desmontar todo presupuesto¹⁴. Y en esto residiría su potencia política: la efectividad al imaginar otros mundos posibles y hacerlos vigentes, pero no como una realidad otra, sino como formas concebibles de intervenir el presente (abrir la cartera y que adentro no haya nada no evoca lo que falta, sino todo la nostalgia de la felicidad de lo que se creyó podría haber contenido).

De este modo, revelándose como una operatoria, nos descubre una afectualidad que se propone como resistencia de lo instituido. Pensar así la infancia en el relato nos conduciría a reconocer de igual modo que estas fulguraciones figurativas suponen en la literatura una operación de resistencia en términos políticos, pero también epistemológicos. Esta dificultad de asir la infancia en términos existenciales, nos revela su condición potencial para poner en problema los esencialismos. Y, en ese sentido, es que se propone ante nosotros como un lugar particularmente importante para el abordaje de las identidades. Podríamos preguntarnos en esta dirección en qué medida resulta asimismo productivo seguir sosteniendo una idea de «la infancia», en términos de una posición homogénea. Si hay algo que opera en la narrativa¹⁵ en términos de afectualidad como «lo infantil», y si avanzamos en función de lo político (lo que puede la literatura en términos de operatoria desde lo que conmociona toda certeza), habría que interrogarse: ¿hay «la» infancia? ¿Cómo pensar en este sentido las múltiples variables que atraviesan la constitución de la infancia (el género, por ejemplo)? En cada caso ¿existiría un modo general más o menos establecido de ser niño? ¿Habría infancias en disidencia? Y si, además, en la línea en el que hemos argumentado en este trabajo, la infancia no es un comienzo sino un modo de concebir el devenir, ¿cuáles son los

NOTAS

13 | En este punto, en este lugar de la infancia como el de la definición imposible, podría pensarse con Derrida (1977): «Un im-posible que no es solamente imposible, que no es solamente lo contrario de lo posible, que es también la condición o la ocasión de lo posible. Un im-posible que es la experiencia misma de lo posible. Para ello es preciso transformar el pensamiento, o la experiencia, o el decir de la experiencia de lo posible o de lo imposible». Agradecemos a la profesora Analía Gerbaudo esta observación.

14 | Una mirada con énfasis en este camino de posiciones móviles, invita indudablemente al abordaje de la infancia desde una perspectiva *queer*.

15 | Sería diferente el caso de la poesía que pareciera ubicarse de lleno en el terreno de la infancia. Sostiene al respecto Mallol: en la poesía o en cierta poesía, el abordaje de la infancia más potente es aquel contempla el modo en que emerge en el poema en tanto espacio del deseo en su estado infante y de construir el deseo del poema como espacio que da lugar a una lengua infante (no domesticada) (2012: 2). Por este motivo el modo de operar lo *infans* en la narrativa es diferente y apuntamos a atender a esa diferencia.

efectos de lo infantil en cada texto? ¿Qué nos dicen sobre un estado de cultura en el que emergen y sobre una tradición? El trabajo con un corpus definido de textos podrá dar cuenta de la factibilidad de una lectura en este sentido.

Bibliografía citada

- AGAMBEN, G. (1978): *Infancia e historia*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2001.
- BAENA, R. (2000): «Childhoods: La autobiografía de infancia como subgénero narrativo en auge», *RILCE* 16.3, 479-489.
- AMÍCOLA, J. (2014): «Las nenas terribles de Silvina Ocampo y Marosa di Giorgio», *Cuadernos LIRICO*, 11, <<http://lirico.revues.org/1847>>, [16/01/2015].
- ASTUTTI, A. (2001): *Andares blancos*, Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- BARTHES, R. (1975): *Roland Barthes por Roland Barthes*, Barcelona: Kairós, 1978.
- BARTHES, R. (1982): «El grano de la voz» y «La música, la voz, la lengua» en *Lo obvio y lo obtuso*, Barcelona: Paidós, 1986, 262-271 y 272-278.
- BLANCHOT, M. (1969): «La voz narrativa (El “él”, el neutro)» en *La conversación infinita*, Madrid: Arena libros, 2008, 487-497.
- CAMENEN, G. y LIENDO, V. (Dir.) (2014): «Dossier: De niños e infancia», *Cuadernos LIRICO*, 11, <<http://lirico.revues.org/1729>>, [14/01/2015].
- COE, R. (1984): *When the Grass Was Taller. Autobiography and the Experience of Childhood*, New Haven: Yale University Press.
- DE DIEGO, J. (1998): «La novela de aprendizaje en Argentina. Primera parte», *Orbis Tertius*, 3, 6, <<http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/10375/01-de-diego.pdf;jsessionid=01EA3802C2423CFFF33DF3D08D665C24?sequence=1>>, [09/01/2015].
- DERRIDA, J. (1977): «Cierta posibilidad imposible de decir el acontecimiento», *Derrida en Castellano*, <<http://www.egs.edu/faculty/jacques-derrida/articles/cierta-posibilidad-imposible-de-decir-el-acontecimiento/#>>, [29/04/2015].
- DIDI-HUBERMAN, G. (2009): «I. ¿Infiernos?», «II. Supervivencias» y «III. ¿Apocalipsis?» en *Supervivencia de las luciérnagas*, Madrid: Abada Editores, 2012, 7-32, 33-50 y 51-68.
- DOLTO, F. (1981): «En el juego del deseo, los dados están cargados y las cartas marcadas» en *En el juego del deseo*, México DF: Siglo XXI Editores, 2006, 254-311.
- FOUCAULT, M. (1961): «Prefacio a *Historia de la locura en la época clásica*» en *Dits et écrits I* (1954-1969), Paris, Gallimard, 1994. A. Ortiz (trad.), <http://www.elseminario.com.ar/biblioteca/Foucault_Historia_locura_prefacio.htm#_edn1>, [29/04/2015].
- FREUD, S. (1909 [1908]): «La novela familiar de los neuróticos» en *Obras completas. Volumen 9 (1906-08)*, Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1992, 217-220.
- FREUD, S. (1908 [1907]): «El creador literario y el fantaseo» en *Obras completas. Volumen 9 (1906-08)*, Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1992, 123-136.
- GIORGI, G. (2013): «La lección animal: pedagogías queer», *Boletín/17 del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, <http://www.celarg.org/int/arch_publici/ce93e200c3-gabriel_giorgi17.pdf>, [15/01/2015].
- LACAN, J. (1949): «El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica» en *Escritos I*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2002, 86-93.
- LACAN, J. (1953): «Lo simbólico, lo imaginario y lo real» en *De los nombres del padre*, Buenos Aires: Paidós, 2005, 13-64.
- LINK, D. (2009): *Fantasmas. Imaginación y sociedad*, Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- LINK, D. (2014): «La infancia como falta», *Cuadernos LIRICO*, 11, <<http://lirico.revues.org/1798>>, [14/01/2015].
- LYOTARD, J-F. (1990): «Voces» en *Lecturas de infancia*, Buenos Aires: Eudeba, 1997, 129-152.
- MALLOL, A. (2012) «Infancia, poesía», *IV Jornadas de Poéticas de la Literatura Argentina para niños*, <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.1589/ev.1589.pdf>, [06/09/2015].
- PODLUBNE, J. (2011): «“Volverse otra”: la extrañeza de la voz narrativa en los primeros relatos de Silvina Ocampo», *Caracol*, 2, <<http://www.revistas.usp.br/caracol/article/viewFile/57663/60718>>, [06/01/2015].
- PREMAT, J. (2014) «Pasados, presentes, futuros de la infancia», *Cuadernos LIRICO*, 11, <<http://lirico.revues.org/1736>>, [14/01/2015].
- RIVAS, M. (2012): *Las voces bajas*. Madrid: Alfaguara.
- ROSA, N. (2004): *El arte del olvido y tres ensayos sobre mujeres*, Rosario: Beatriz Viterbo.